

## Reseña del libro

### *Historias rotas. Locura y suicidio en las cárceles de la dictadura*

Rafael, C. y Melo, S. (2025). *Historias rotas. Locura y suicidio en las cárceles de la dictadura*. Buenos Aires: Punto de Encuentro.

*Por Néstor Hernán Lupidi\**

La obra que aquí se reseña constituye un aporte profundo, necesario y conmovedor para la memoria histórica argentina. El libro se adentra en un aspecto menos visible del aparato represivo: el destino de los presos políticos que sobrevivieron a los centros clandestinos, pero fueron trasladados a cárceles donde padecieron tormentos menos conocidos, aunque igual de devastadores.

Desde el prólogo de Diana Kordon, una figura clave en el análisis de los efectos psicosociales del terrorismo de Estado, la obra se presenta como un texto incómodo, duro y doloroso, pero imprescindible.

La lectura pone en primer plano algo que durante décadas quedó relegado: la situación de los detenidos legalizados, es decir, aquellos que estaban a disposición del Poder Ejecutivo Nacional o sometidos a procesos judiciales armados, pero que, aun así, vivieron un encierro que excedió por completo cualquier normativa legal.

El relato de Rafael y Melo rescata la experiencia de estos presos como una deuda pendiente, tanto del Estado democrático como de la sociedad argentina, en el marco de las políticas de Memoria, Verdad y Justicia.

Las autoras reconstruyen una maquinaria de aniquilación que no buscaba únicamente interrogar ni obtener información, sino destruir la subjetividad de la persona detenida. La tortura física coexistía

\* Médico (UBA). Se encuentra cursando la Especialización en Psiquiatría (UBA). Estudiante de Abogacía (UNPAZ).

con un sistema psicológico deliberado y sistemático. En los relatos aparece con claridad una consigna repetida hasta el cansancio por los represores: “Van a salir de aquí muertos o locos”. Esa frase, que atraviesa toda la obra, sintetiza la lógica de un régimen que entendía la destrucción psíquica como una prolongación del exterminio.

Uno de los aportes más potentes del libro es la descripción del uso de la psiquiatría como herramienta represiva. La idea de “interdisciplina”, que en un contexto saludable debería remitir a un enfoque integral del cuidado, fue tergiversada por la dictadura hasta convertirse en un complemento del disciplinamiento estatal.

Médicos, psicólogos y trabajadores sociales fueron integrados –en algunos casos por coerción, en otros por complicidad– a un sistema que producía diagnósticos funcionales al castigo: catalogar a los presos como “inestables”, “peligrosos”, “paranoicos” o “desequilibrados” dejaba abierta la puerta a su aislamiento prolongado o a la negación de medicación esencial.

La cárcel de Caseros aparece como un laboratorio de esta crueldad. El encierro extremo, el silenciamiento, la manipulación emocional y la privación sensorial eran parte del repertorio cotidiano. La psiquiatría, en vez de ser una herramienta terapéutica, se convirtió en un instrumento de control que buscaba potenciar la ruptura interna del detenido.

El libro propone un enfoque crítico sobre los suicidios ocurridos dentro y fuera de las cárceles, cuestionando la interpretación clásica de estos hechos como decisiones individuales. La idea de “suicidio inducido”, planteada por referentes como Pablo Llonto, abre un debate ético y jurídico fundamental: ¿cuánta responsabilidad tiene un sistema que crea condiciones insostenibles para la continuidad de la vida? ¿Puede hablarse simplemente de suicidio cuando el Estado despliega un dispositivo orientado a destruir la voluntad de vivir?

Los casos de Edgardo Domingo Guerra, Gabriel “Tordito” De Benedetti, Jorge Miguel Toledo, Benjamín Taub y Ramón Holsbach, entre otros, dan cuenta de un patrón. Las historias no se presentan como episodios aislados, sino como eslabones de un mismo engranaje represivo. Guerra, por ejemplo, es empujado hacia la desesperación mediante hostigamiento, privación de medicación y manipulaciones emocionales; De Benedetti se quita la vida, inmerso en un clima de enajenación colectiva; Toledo aparece en Caseros colgado en su celda; Taub muere meses después de recuperar la libertad, arrastrando un deterioro físico y psíquico irreversible; Holsbach despliega un padecimiento prolongado que revela que las consecuencias del encierro sobreviven largamente a la liberación.

En este marco, el análisis de Durkheim sobre el suicidio cobra una vigencia particular. El sociólogo francés sostiene que las tendencias colectivas tienen una fuerza coercitiva que actúa “desde afuera” sobre los individuos. Esta perspectiva permite comprender cómo, en el contexto de la dictadura, la violencia institucional se transformó en un conjunto de fuerzas externas que empujaban a los detenidos hacia la autoaniquilación. No eran decisiones íntimas, sino la culminación de una violencia sistemática.

Las autoras también destacan que las heridas provocadas por el sistema penitenciario de la dictadura no se cierran con la recuperación de la democracia. Muchos sobrevivientes continúan luchando contra traumas persistentes, episodios de angustia profunda, fragmentación subjetiva y dificultades para reconstruir su vida cotidiana. La frase “sobrevivir puede ser un problema” sintetiza la paradoja: el cuerpo salió del encierro, pero la mente quedó atrapada en él.

La lectura de *Historias rotas* interpela desde varios planos. En términos históricos, permite revisar una dimensión menos explorada del terrorismo de Estado. En términos éticos, obliga a pensar el rol que pueden haber tenido profesionales de la salud que participaron del dispositivo represivo. Y en términos subjetivos, el impacto emocional es ineludible: resulta difícil avanzar en el libro sin sentir indignación, tristeza y un profundo sentido de responsabilidad.

Desde una mirada personal, considero que la obra se destaca por su claridad, su sensibilidad y su rigurosidad. Rafael y Melo logran un equilibrio entre testimonio, investigación y reflexión crítica que vuelve la lectura profundamente humana. No buscan la espectacularización del horror, sino la comprensión de procesos que aún hoy moldean la experiencia de muchos sobrevivientes y familiares.

La importancia del libro reside también en su capacidad para activar memoria. Frente a un contexto donde reaparecen discursos negacionistas o relativistas, *Historias rotas* recuerda que la violencia estatal no se limitó a los centros clandestinos de detención, sino que se extendió a las cárceles, los hospitales, los cuerpos y las mentes de quienes vivieron el encierro. Por eso, su lectura no solo reconstruye el pasado, sino que también funciona como advertencia y como herramienta política.

En definitiva, la obra que se reseña se erige como un texto imprescindible para comprender la dimensión psicológica de la represión y para ampliar la mirada sobre el impacto del terrorismo de Estado. Es una obra que incomoda, conmueve y exige reflexión. Su fuerza radica en devolver dignidad a quienes fueron empujados al límite y en recordarnos que la memoria (cuando es honesta y profunda) sigue siendo una forma de justicia.